

Para qué repetir aquellas expansiones de su corazón, aquellos suspiros que se escapaban de sus labios, aquellas esperanzas que acariciaba con su imaginación, aquellos delirios de su fiebre ardorosa.

El torrente comprimido se desbordó.

Beatriz, que había sufocado tantas veces en su alma los sentimientos amorosos, los dejó salir libremente á sus labios, y Colon en aquellos momentos no se cambiaba, en medio de sus desventuras, por los más poderosos soberanos de la tierra; porque todo su mundo era el amor de Beatriz, y lo poseía por completo.

Una noche, despues de haberse entregado largo tiempo á la expansion de su sueño:

—Somos unos locos y unos desventurados, exclamó Beatriz.

—¿Por qué, bien mio?

—Porque nos entregamos á un amor que no puede tener más consecuencia que nuestra desgracia.

—¿Qué dices?

—¡Ah! Sí; cuanto más pienso en el estrecho lazo que nos une, mayor es el temor que causa la seguridad de que ha de romperse, porque no puede aparecer á la luz del día.

—¿Por qué? ¿Acaso mi pobreza?

—Tú eres más poderoso que todos los hombres de la tierra: arde en tu frente el génio; tu corazón no tiene igual, pero yo no puedo ser tu esposa.

—¿Por qué? ¿Temes que te deshonre con mi nombre?

—No, eso nunca; pero preferiria la muerte, la vergüenza, á tener que abjurar ante todos los que han oido mis enérgicas protestas contra el amor. ¡Oh! Esta humillacion es superior á mis fuerzas, superior al amor mismo que te profeso.

Colon quedó abismado en sus pensamientos

—¡Ah! dijo. ¿Por qué no habré realizado ya mis esperanzas? Entónces tendria un nombre glorioso que ofrecerte; y hoy.....

tienes razon, la fatalidad es la que nos ha unido, la fatalidad es la que ha de concluir con nuestra dicha.

Pero yo te amo, yo te amo más que á mi vida, yo no puedo separarme de tí.

Si me rechazas, si quieres que rompamos este sagrado lazo que une nuestros corazones, haz que claven un puñal en mi pecho; yo te bendeciré en el instante supremo de nuestra eterna despedida; pero no tendré valor para apartarme de tí, para morir ausente de tu lado.

—¿Y qué hacer?

—Renuncia á tus riquezas, sé pobre como yo, ten fe en mi amor. Yo haré imposibles para que nada te falte; huyamos de España, léjos de ella podrás ser mi esposa.

Yo buscaré en otros países la proteccion que necesito. ¡Ah! ven, ven conmigo, no me abandones, y tendré valor para conquistar la gloria que ambiciono.

Tanta generosidad, tanto cariño, no pudieron ménos de conmover á Beatriz.

—Has dicho que la fatalidad nos ha unido; sí, es cierto.

Que ella se encargue de separarnos ó de unirnos más aún si esos son sus designios.

Poco despues se resolvió Colon á partir.

Acababa de despedirse de su ama, cuando entró Rebeca con el semblante descompuesto, con la respiracion agitada, con los ojos desencajados.

—¡Señora, señora! dijo.

—¿Qué pasa? preguntó Beatriz, sorprendiéndose al verla de aquel modo.

—Mi padre ha llegado.

Y dirigiéndose á Colon:

—Es imposible que salgais, añadió.

—¡Dios mio! dijo Beatriz. ¿Qué hacer en esta situacion?

En un momento pensó que entónces ménos que nunca podía hacer su cómplice á Isaac.

Pensó asimismo que no podia salir Colon por la puerta principal de su casa; pero conservarle en ella, pero acceder á que pasase allí una noche, era imposible.

A tanto no se atrevia en presencia de su cómplice.

Colon, por su parte, pensaba que si no iba, como tenia de costumbre, á la posada, maese Repulgo, temeroso de que le hubiera acaecido algo, saldria á buscarle, y por de pronto se sabria que habia pasado una noche fuera de su hogar, y tendria que explicar dónde la habia pasado.

La complicacion era terrible.

—No temais, dijo Colon de pronto; la noche està muy oscura, y saldré por la puerta principal aprovechando un momento en que esté sola la calle.

—Sí, sí, es preciso, dijo Beatriz; ve tú Rebeca, ve delante y observa.

—Adios, dijo Colon, adios.

Beatriz se quedó en la mayor zozobra, aguardando á que volviese Rebeca á decirle que Colon habia partido sin ser visto de nadie.

Al dar los primeros pasos, oyó Rebeca á los criados que se hallaban en una antecámara, y pensando que tanto Colon como su señora se habian olvidado de aquellas gentes:

—No, no, se dijo, es necesario que éstos no sepan que ha estado aquí este hombre.

—Venid, venid aquí, añadió, dirigiéndose á Colon.

Y llevándole á su aposento, le ocultó en él.

No hacia más que dejarle, cuando oyó á su ama que gritaba pronunciando su nombre.

—¡Rebeca! ¡Rebeca! decia Beatriz con angustioso acento.

Al dirigirse al cuarto de su ama, vió entrar de pronto por

uno de los corredores de la casa á un hombre que llegaba todo azorado con una espada ensangrentada en la diestra.

—¡Ah! exclamó, reconociéndole al resplandor de una lámpara que pendia del techo.

—¡Rebeca! dijo el hombre. ¿Tú aquí?

—¡Martin! exclamó la jóven. ¿Qué pasa?

—Ocúltame por Dios; acabo de matar á un hombre, y la Santa Hermandad me persigue.

Olvidándose ante aquel hombre, que era su amante, su amante á quien no habia visto en tanto tiempo, del servicio que acababa de prestar á Colon, instintivamente fué á abrir la puerta de su cuarto para ocultarle en él.

Pero recordando de pronto que era imposible:

—No, no entres aquí, dijo colocándose delante de la puerta, al mismo tiempo que el recién llegado iba á abrirla.

En esto se oyeron en la escalera voces.

Era la Santa Hermandad, que subia acompañada de los escuderos de doña Beatriz.

—Ya llegan, ya llegan, gritó el que era perseguido: si me encuentran, mi muerte es segura, porque el hombre á quien he dejado tendido es un alto personaje.

—¡Ah!

—Por aquí, por aquí, gritó al mismo tiempo una voz, la de uno de los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

El amante de Rebeca huyó precipitadamente, en tanto que la jóven permaneció delante de la puerta de su habitación para estorbar el paso á todo el mundo.

Beatriz continuaba llamándola.

Un segundo despues, el corredor se llenó de gente.

Beatriz, por distinto lado, apareció tambien.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó, reuniendo todas sus fuerzas para no descubrir el temor que sentia. ¿Por qué ultrajais mi casa de ese modo?

—Perdonad, señora, dijo el oficial de la Santa Hermandad; á la puerta de vuestra casa acaba de cometerse un asesinato. El asesino se ha guarecido aquí. El muerto es, á juzgar por su aspecto, un hidalgo: nuestro deber es buscar al culpable.

—Aquí no está, decían los criados de doña Beatriz.

—Yo respondo de que no está en mi casa, exclamó. No ignorais que soy dama de la reina, y que no hay derecho para ultrajar de este modo mi hogar.

—Teneis razon, y os pido mil perdones, dijo el oficial; pero ó me equivoco mucho, ó la persona se ha guarecido en el cuarto que defiende nuestra camarista.

—¡Ah! exclamó Rebeca, comprendiendo todo lo horrible de su situacion.

—Eso no es verdad, dijo Beatriz.

—No es verdad, señora; pero impedid que entren, exclamó Rebeca.

—Ya comprendeis, señora, que el culpable está ahí; que esta mujer le ampara, que no tenemos más remedio que llevarle á sufrir el castigo que merece.

—No entrareis, dijo Beatriz.

—En ese caso, señora, dispensadnos; nos retiraremos; pero al hacer nuestras declaraciones diremos que vos misma habeis amparado el crimen.

—¡Oh! Eso no, exclamó Beatriz; entrad, entrad.

Rebeca tuvo una inspiracion.

—Yo os juro, dijo, que aquí no hay nadie. . . . Pero si no me creeis bajo mi palabra, en nombre de mi señora, en el mio, os suplico que mandeis alejar á toda esa gente: vos solo entrareis en este aposento para convenceros de que habeis ultrajado á mi noble señora y á mí.

—Bien está, dijo el oficial, despejad.

—Los cuadrilleros de la Santa Hermandad, los escuderos y los servidores de doña Beatriz, y las gentes de la vecindad

que habian ido á enterarse de lo que allí pasaba, abandonaron la habitacion.

Cuando estuvieron solos.

—Oid, dijo Rebeca al oficial, oidme vos, señora y perdonadme.

—¿Pues qué pasa? preguntó Beatriz, no comprendiendo aún lo que iba á decir.

—El verdadero culpable no está aquí.

Y arrodillándose delante de su ama:

—Os suplico que me perdoneis, señora; en ese aposento está un hombre que es mi amante.

—¿Tu amante!

—Sí, entrad si quereis. Arrestadme, añadió dirigiéndose al oficial de la Santa Hermandad. El asesino era un soldado, ¿vos le habeis visto?

—Sí, un soldado.

—Pues bien; entrad.

Y abriendo la puerta, entró el oficial con la linterna sorda, en tanto que Beatriz, estrechando la mano de Rebeca:

—Gracias, gracias, le dijo; te debo más que la vida, te debo la honra.

El oficial salió.

—Ahí dentro hay un hombre, no le conozco. ¿Pero quién me dice que no se ha disfrazado?

—Aquí está, aquí está, gritaron al mismo tiempo los cuadrilleros.

—Perdonad, repuso el oficial, oigo decir que ya le han preso; vos, señora, dispensadme el atrevimiento que he tenido, y si de algo valen mis ruegos, puesto que mi indiscrecion ha sido causa de que uno de vuestros más leales servidores haya tenido que hacer una confesion vergonzosa, os ruego que la perdoneis.

El oficial se alejó.

Efectivamente encontró al matador en poder de los suyos. Rebeca había salvado á su ama, sacrificando su honra para toda la vida.

Colon pudo aprovechar la ocasion para alejarse.

En cuanto al matador, cuando le preguntaron su nombre al llevarle al calabozo donde debia aguardar su sentencia, respondió que se llamaba Martin Carrasco.

## CAPITULO XXV.

### Explicacion de un suceso.



El dia siguiente de aquel suceso se habló de él en la ciudad, siendo, como acontece siempre, muchas y muy variadas las versiones que de él se hicieron.

Como la riña había tenido lugar junto á la casa de Beatriz, los enemigos de esta dama, que eran todos los que habían solicitado sus favores y no los habían obtenido, y cuantos envidiaban la posicion que ocupaba en la corte, atribuyeron á su causa la pendencia que había obligado á Martin Carrasco á ser de nuevo matador.

Otros, inspirados por lo que había contado el oficial de la Santa Hermandad, decían que la causa había sido la camarista de doña Beatriz; y los que más se aproximaban á la verdad, aseguraban que la cuestion había empezado en un meson, donde jugaban á los dados el matador y su víctima.

En efecto; esta era la verdad.

Don Mendo de Aguilera era un libertino en toda la extension de la palabra; y aunque pertenecía á una familia ilustre, manchaba los timbres de sus blasones pasando el dia en la ociosidad y la noche en la crápula.

Martin Carrasco, que había vuelto á hospedarse en el meson de maese Repulgo, había conocido á don Mendo en una mancebía, y se habían hecho muy amigos.

Una casualidad había proporcionado á Aguilera ocasion